

El mundo y Norteamérica en el 2022: la libramos en aguas turbulentas

Gonzalo Santos, 26 de noviembre, 2022

He aquí un resumen del acontecer mundial y cómo le fue a Norteamérica este año.

En el mundo se abrió un nuevo y peligroso frente de confrontación geopolítica en Europa al comienzo de este año. Se desencadenó una devastadora guerra convencional de carácter inter-imperialista en Ucrania, que en el fondo representa una escalada del enfrentamiento geopolítico que desde la década de los 90 del siglo pasado se viene dando entre los Estados Unidos y la Unión Europea, insistentes en expandir la alianza militar OTAN al este europeo, por un lado, y Rusia, que pasó de ser *el otro superpoder*, a convertirse en una reducida potencia, cada vez más asediada.

La injustificable invasión rusa de Ucrania, en violación flagrante de la Carta de las Naciones Unidas que define el orden internacional, provocó la condena mundial.

Hasta el momento, Ucrania ha pagado un altísimo precio por las rivalidades entre las potencias del Norte Global. La devastación ha sido inmensa en los últimos 10 meses, que ya generó 8 millones de refugiados. Las bajas rusas rebasan ya las que sufrieron en Afganistán en diez años de guerra, y los reveses y repliegues de la ofensiva rusa auguran un desastre para Putin.

La guerra, sin embargo, continúa. La contención de la guerra a Ucrania sigue siendo precaria y en cualquier momento el conflicto se puede extender a una confrontación entre las potencias del Norte Global. El Sur Global aboga en la ONU por la búsqueda de una resolución negociada cuanto antes, pero ni EE.UU. ni Rusia, ambos miembros del Consejo de Seguridad, han respondido. Rusia cuenta con China e India para evadir las sanciones impuestas por EE.UU. y la U.E.; Ucrania cuenta con muchos santuarios occidentales para sus refugiados y recibir un torrente inagotable de pertrechos de guerra. La guerra continúa. Hay plantas nucleares como la de Zaporizhzhia que han sido atacadas.

La paz mundial y la prevención de otro desastre tipo Chernobyl cuelgan de alfileres. Los otros europeos – aparte de los rusos y ucranios muertos, heridos, y refugiados, *la librarón* hasta ahora, pero la pregunta es hasta cuándo y cómo va a terminar esa guerra.

La comunidad internacional, si no sufrió una catástrofe como Ucrania tampoco avanzó mucho. Los grandes problemas mundiales – cambio climático, pobreza y desigualdad globales, armamentismo nuclear, control de pandemias, la migración irregular, las poblaciones desplazadas, entre otros - continuaron sin recibir la atención requerida, mucho menos arribó a soluciones de fondo.

Se le pasa al mundo la cuenta para el año que entra. La conferencia mundial “COP 27” reunida este mes en Egipto para dizque afrontar urgentemente el cambio climático resultó en otro

rotundo fracaso más, en la larga lista de fracasos (se llama 27 porque ya van 27 intentos en la ONU).

En la Cuenca del Pacífico, se logró evitar una confrontación frontal entre China y Estados Unidos, algo que venía abiertamente gestándose desde que asumieron el poder Xi Jinping y Donald Trump, respectivamente, después de décadas de amigable *engagement*. El gigante americano se ha vuelto, en su acelerado declive de hegemonía global (por sus guerras interminables y su desplome financiero), cada vez más mercantilista y proteccionista, chovinista y bipolar ideológicamente, y cada vez más peligroso geopolíticamente; mientras que el gigante asiático ascendente, con su ambicioso proyecto económico global en curso y con un estado fuerte consolidado políticamente en su reciente congreso del PCC, reafirmó su determinación de continuar la rivalidad económica en la cual lleva las de ganar, y retar las reglas del (des)orden geopolítico mundial institucionalizadas por Estados Unidos en su periodo hegemónico.

La tensa relación entre estos dos superpoderes, aunque se salvó de mayores consecuencias este año, está lejos de haberse encausado hacia la paz y un proyecto que lleve a la prosperidad mundial.

Volteando hacia Norteamérica, vemos que este año Estados Unidos logró evadir mayores catástrofes a su interior, salvo el resurgimiento del flagelo de la inflación, algo que comparte con el mundo entero y es consecuencia de las dislocaciones que causó la pandemia.

El mayor reto político este año en Estados Unidos, después del serio descalabro de enero del año pasado - cuando su transición electoral fue violentada por primera vez en su historia por el presidente Trump, que renuente a aceptar la derrota lanzó una turba a atacar el Capitolio -, fue llevar a cabo las elecciones intermedias este noviembre. Trump logró imponer a sus candidatos en las primarias, leales a él y a la “Gran Mentira” que le robaron la reelección.

Dada la baja popularidad del presidente Biden, y los problemas con la inflación, se pronosticó por muchos una “ola roja” (el rojo se asocia allí, incongruentemente, con el conservador Partido Republicano). Pero la muy temida ola roja no se materializó, habiendo perdido casi todos los candidatos trumpistas en las contiendas más competidas.

Tampoco hubo actos de violencia contra los resultados electorales, como se temía. Los republicanos fracasaron en su intento de tomar control del Senado, o de los procesos electorales estatales, las principales gubernaturas, y muchas legislaturas estatales; apenas lograron tomar control, con una ínfima mayoría, de la Cámara Baja del Congreso.

El saldo fue un empate técnico entre los dos partidos, que siguen tan polarizados como siempre en el disfuncional duopolio estadounidense. La frágil balsa de la democracia estadounidense no naufragó. El rotundo fracaso para la ultraderecha neofascista liderada por Trump les dio una inesperada tregua a los demócratas – no solo su ala liberal liderada por el centrista presidente Biden, sino también su ala progresista liderada por el senador socialista Bernie Sanders, que

creció. Un gran suspiro se oyó por todo Estados Unidos entre los que sabían lo que estaba en juego – la democracia misma, amenazada por la ultraderecha trumpista.

Ambos partidos quedaron sin embargo con muy poco margen de maniobra y tan polarizados como siempre, lo que quiere decir que el presidente Biden no podrá implementar su agenda doméstica en lo que le queda de su mandato, y el duopolio seguirá enfrascado en pleitos interminables hasta el 2024. El trumpismo sigue vivo y dará muchos problemas en las próximas elecciones. Estados Unidos está en un laberinto político y no encuentra su salida – o cambia su anticuado y corrupto duopolio o corre el alto riesgo de naufragar en su fracturada democracia y mantener la tenue paz social ante los embates de conflictos de clase, género, raza y etnia, y estatus migratorio. Aquí los movimientos sociales jugarán un papel crucial para presionar por un cambio profundo que resuelva las grandes contradicciones antes de caer en el fascismo.

En México tampoco hubo naufragios mayores este año. La balsa sigue a flote, hasta con nuevos y macizos troncos consistentes en las remesas récord de los paisanos de la diáspora en EE.UU. (\$60 mil millones de dólares para este año), los muy populares programas sociales redistributivos del gobierno de la 4T, y los 4 o 5 megaproyectos en curso - ambos financiados por la más eficiente recaudación de impuestos a los grandes capitales, que antes los evadían por completo - , todo lo cual ha dado lugar a una amplia gobernabilidad, resultante de la legitimidad democrática del presente régimen encabezado por el presidente Andrés Manuel López Obrador (AMLO).

Sin embargo, y muy aparte de los vientos huracanados que arrecian en el mundo, las aguas mexicanas continúan siendo turbulentas. Continúan los inaceptablemente altísimos índices de violencia e inseguridad sociales, así como la extrema desigualdad económica; avanza la militarización de las instituciones civiles del estado; la economía ha crecido poco o nada. Todo esto ha llevado a un visible desgaste de la previa hegemonía política de Morena, habiendo perdido la mayoría calificada en el congreso en el 2021; esto último causó que fracasara el intento de pasar una reforma energética nacionalista y probablemente también fracasará la propuesta de reforma política bajo debate. También el año pasado perdió 9 de las 16 alcaldías en su bastión principal en la Ciudad de México, aunque crecieron los estados gobernados por Morena.

La oposición partidista (PRI, PAN, PRD), salvo pocos estados y alcaldías, ha sido diezmada por el merecido rechazo popular en las urnas, tanto por el gran desprestigio acumulado durante los últimos sexenios como por su nula capacidad de elaborar una sustancial oferta alternativa a la de Morena, otra que no sea resucitar las mismas políticas neoliberales fallidas y prácticas corruptas del pasado que tanto golpearon al pueblo mexicano y beneficiaron a las oligarquías y a las incrustadas partidocracias.

Todo eso le allana el camino a Morena, que ha evitado escándalos mayores, para que continúe en el poder, convirtiendo la transición presidencial en el 2024 en una competencia intramuros entre las *corcholatas* actualmente en proceso de destaparse. O sea, en contraste contra lo que pasa en Estados Unidos, la derecha y centro-derecha mexicana está en las cuerdas, si no que noqueada en la lona, mientras que la socialdemocracia partidista – Morena – es apoyada, con todo y sus limitaciones, por una abrumadora mayoría del electorado.

A tal grado ha llegado la crisis de la oposición partidista en México que hace pocos días apareció una nueva fuerza política de corte abiertamente trumpista, respaldada por la ultraderecha mundial ansiosa de irse a la ofensiva contra el “socialismo mundial”. En los EE.UU., el apoyo viene de la ultraconservadora C-PAC, Donald Trump y su círculo más cercano, los neofascistas Steve Bannon y Ted Cruz; de España el partido ultra-xenófobo Vox; de latinoamericana, viene representada por ultras como Javier Milei de Argentina, el hijo de Jair Bolsonaro, actual presidente de Brasil, una nieta del ex-dictador guatemalteco Efraín Ríos Montt, y un nieto de ex-dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo. ¡La nueva Internacional Fascista ya nació en México!

El organizador del evento - y ahora destapado presidencial según el hijo de Bolsonaro, con la bendición de Trump -, es un conocido representante del ala más reaccionaria y ultraconservadora de la Iglesia Católica, el actor Eduardo Verastegui (que dijo que le “robaron la elección a Bolsonaro”, y por supuesto a Trump; que es anti-vacunas porque por ahí “entra el demonio”, que niega el cambio climático porque eso es una “ideología de la muerte”; lo suyo ha sido estar rabiosamente en contra del aborto legal bajo toda circunstancia, contra el matrimonio igualitario y la identidad trans). No solo se abalanzó inmediatamente contra los “socialistas” de AMLO (¡Sic!) y Biden (¡¡doble Sic!!), y todos los gobiernos progresistas en América Latina, sino que ridiculizó a la derecha partidista mexicana (PAN) de “derechita cobarde”.

Con el trabajo que le costó a la endeble oposición partidista mexicana convencer a sectores democráticos de la sociedad civil y sectores opositores del empresariado para efectuar una poco común marcha y manifestación denominada “Al INE no se toca” el 13 de noviembre, para oponerse a la controvertida reforma política propuesta por AMLO y de paso reagruparse para el ‘24, y les aterrizan inoportunamente en la capital los más rancios e impresentables líderes del neofascismo mundial para ridiculizarlos de ser una “derechita cobarde”. AMLO, por cierto, desde su discurso en el Zócalo del 27 de noviembre festejó su presencia como prueba fehaciente de la plena libertad a disentir en México – ¡hasta *ellos* pueden venir a despotricar! ¡No se vale!

Aunque la intención es clara de aglutinar a las ultraderechas latinoamericanas y alinearlas con sus pares en Estados Unidos y Europa, y hay que vigilar este engendro – ese sí “vivito y coleando desde su concepción” en los sótanos más oscuros de la Iglesia y las mansiones soleadas del señor Trump – no podrá prosperar tampoco en México, tierra más de zapatistas y villistas que de cristeros. De ellos se encargarán, antes que nadie, las combativas mujeres feministas mexicanas.

El problema de AMLO y su proyecto, ahora denominado “*Humanismo Mexicano*”, no es la desfondada oposición partidista o la estridente ultraderecha trumpista y cristera; es el peligro de una explosión social por parte de las pauperizadas clases trabajadoras y medias mexicanas.

Morena y AMLO llevan cuatro años montados en un tigre social, tratando de atender a los más necesitados sectores con toda la urgencia y empeño posible dentro de sus severas limitaciones.

Lograron evitar la explosión social redirigiendo el hartazgo social y arrasando en las urnas en las elecciones libres del 2018. Pero ahora enfrentan tres grandes retos para seguir atendiendo la cuestión social a todo vapor y contra reloj.

El primero consiste en que tienen que también llevarla bien de alguna manera con la poderosa oligarquía mexicana, que apenas los tolera y cuya concentrada riqueza es intocable y que considera que los proyectos sociales de AMLO son un gran despilfarro. AMLO logró acuerdos tempranos con la ayuda de Alfonso Romo, pero el núcleo alrededor de Claudio X. Gonzalez se ha endurecido y crecido desde que tuvieron que empezar a pagar impuestos.

Segundo, AMLO y su sucesor(a) tienen que mantener al ejército, en el que tanto se basan, contento y lejos de toda tentación golpista. Eso lo ha logrado AMLO dándole cada vez más poder, presupuesto, control de la seguridad pública y acceso a negocios paraestatales. Pero, ¿es sustentable la estrategia? Habría que recordarle a él y su sucesor(a) lo que le pasó a Francisco I. Madero, a Salvador Allende, y a otros regímenes democráticos que se confiaron y le dieron demasiado poder a sus ejércitos.

Y, por último, el vecino del norte. “No nos vamos a pelear con el Tío Sam, pase lo que pase” es también una estrategia insustentable a mediano plazo, dado el impredecible caos político en EE.UU., la continua e insaciable voracidad del vecino por nuestros recursos naturales y mercados, y las avasallantes demandas geopolíticas que le sigue haciendo a México.

No ha pasado desapercibido que México se rindió ignominiosamente en el tema migratorio ante las amenazas abiertas de Trump. La diáspora mexicana ha estado abandonada a su suerte en las últimas tres décadas de ataques racistas y xenófobos (aunque no pierde oportunidad AMLO de agradecerle a los paisanos las remesas que siguen enviando a sus muy necesitadas familias). Tampoco pasan desapercibidas las constantes visitas a Palacio Nacional, para presionar a AMLO en el tema energético y exigir, en privado, que les atiendan todos sus otros intereses a nuestros “socios” y “amigos”, como continuar la guerra contra las drogas e interceptar los flujos migratorios de Centroamérica y el Caribe, o apoyar más visiblemente a los EE.UU. en la ONU y otros foros internacionales, etc. ¿Cuánto cuesta mantener a la Guardia Nacional persiguiendo migrantes?

¿A cambio de qué? Ah, pues de que México continúe teniendo acceso al mercado de exportación más grande del mundo y atraer las inversiones foráneas en un “mejor clima para los negocios”.

En los hechos, estos tres problemas han puesto serias limitaciones al gobierno de la 4T para financiar los proyectos urgentes de rescate social, lo cual ha aumentado considerablemente el riesgo que las aguas turbulentas mexicanas se vuelvan huracanadas y terminen por hundir la balsa mexicana. Puede suceder una combinación de conflictos entre estado y oligarquía, una explosión social, el golpismo militar, y el intervencionismo, abierto o encubierto, del vecino del norte, todo lo cual *ha ocurrido antes* y puede volver a ocurrir.

En resumen, hay que celebrar que no nos pasó nada catastrófico este año en Norteamérica, ni en México ni en Estados Unidos. Pero dada la alta turbulencia en el mundo y la región, hay que avanzar mucho más en el poco tiempo que nos queda para evitar naufragar y recuperar la paz social bajo proyectos de rescate sociales e integración Norteamericana más justos y balanceados.